

Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas*

por José Joaquín Brunner**

Conversando la otra noche con Ángel Flisfisch, fue él quien me sugirió hablar en esta ocasión de la sociología como un lenguaje que, después de sus clásicos y epígonos, al parecer ya no tiene mucho que decir al mundo. A mí esa intuición me pareció interesante, pues tenía que ver con lo que -de manera abstracta y general; más "sociológica", por lo tanto- yo quería decir hoy, en el 40° aniversario de la FLACSO. Es sabido que en sus orígenes la sociología apenas lograba distinguirse de otros géneros, entendidos éstos como un universo ideológico-verbal diferenciados entre sí. Así, por ejemplo, hasta muy tarde -entrado ya el siglo XIX- su discurso se mantuvo entremezclado dentro del campo semántico de la filosofía, la historia, la literatura y el ensayo. Sólo con el tiempo llegó a constituir un lenguaje separado, relativo, objetual y limitado a una profesión intelectual. Una hipótesis posible de explorar es que, en ese proceso, la sociología mantuvo sin embargo, y prolongó, algunos elementos del género de la epopeya, intentando por el contrario separarse de la evolución de la novela, su eterna competidora.

Según Bajtin, hay tres características esenciales de la epopeya: primero, que le sirve como objeto del pasado nacional; segundo, que usa como fuente la épica de la tradición, es decir, las leyendas; y, tercero, el estar divorciada de la contemporaneidad -la del rapsoda y sus oyentes-, por una "distancia épica absoluta"¹.

La sociología conserva esos elementos, transformándolos. Si uno piensa en el desarrollo de la sociología clásica, por ejemplo, verá que ella es algo así como la épica del surgimiento de la modernidad. Su

referencia, igual que en la epopeya, es el mundo de los comienzos, de las rupturas originantes; describe una suerte de periplo desde el pasado. Tal es el paso de la comunidad a la sociedad de Tonnies; o de la solidaridad moral a la orgánica, de Durkheim; o de la convención; o de las agrupaciones sin clases ni dominación a la historia de las civilizaciones; en suma, las "imágenes de corte" de nuestra disciplina. Sólo a partir de ellas se vuelve posible, posteriormente, entender los procesos -en cierto nivel -cuasi-míticos- de la racionalización, la secularización, la universalización, la diferencia o la modernización; para no hablar de conceptos más descriptivos como urbanización o industrialización. Los propios autores clásicos de la sociología son "teóricos épicos", como los llama un autor; en el sentido de que sus obras representan un esfuerzo heroico de comprensión, cuyo producto es una sabiduría con la cual podemos conversar hasta hoy. Entre el pasado y el presente que recorre el periplo de la sociología, media también una "distancia épica absoluta"; la del despliegue de las fuerzas productivas, o de la lucha de clases, o de la extinción del sujeto, o de la masificación, o de la privatización de las formas de vida, o de la fragmentación, o como sea que se llamen -en este género profesional- los tránsitos hacia la modernidad.

La épica en estado puro tiene que ver con los padres, con el comienzo de un viaje, con primitivas canciones, con una valoración que dice: "todo está bien en ese pasado, y todo lo que es esencialmente bueno (que es lo primero) sólo se encuentra en ese pasado". Las formas literarias antiguas viven de la transmisión oral, sacralizan el origen, se nutren de la tradición. Cuando finalmente se agotan y mueren, pasando a ser nada más que objeto de los textos escolares o un signo de cultura distinguida -tales la hipótesis-, la novela y la sociología toman su lugar, pero sólo ésta última repite su gesto, convirtiendo a las sociedades en actores épicos de la modernidad. En el terreno de los géneros literarios, el desplazamiento de la epopeya por la novela representa el paso del héroe al personaje; de la leyenda al relativismo del presente; de los universos culturales cerrados

a los sistemas lingüísticos abiertos donde se funden diversos lenguajes y niveles de conciencia. Mientras la principal fuerza creadora de la literatura antigua reside en la memoria y no en el conocimiento, la sociología en cambio, igual que la novela, es hija del conocimiento, siendo ambas alimentadas por la época moderna, con la cual se hallan profundamente emparentadas.

Dicho de otra forma, la sociología es algo así como la epopeya en estado moderno; por tanto, racional y lacerada por la autoconciencia de la fragilidad de su lenguaje profesional. Su drama es que a diferencia de la epopeya antigua no puede hablar de un orden cristalizado en la memoria colectiva; un tiempo cuyas leyendas son sagradas en el grupo y, por eso, valoradas e impersonales; un pasado del cual emana "un profundo respeto hacia el objeto de la representación y hacia la palabra que lo representa".

Más bien, la sociología tiene como suyo lo profano y expresa un movimiento, lo inasible, los tránsitos hacia la contemporaneidad y las contradicciones de ésta. Sus imágenes buscan capturar procesos; no héroes. Actores que se desplazan en el escenario de la historia y que, con el tiempo, han venido reduciéndose cada vez más y tomándose pequeños, livianos e intrascendentes.

Por eso, a semejanza de una parte de la novela contemporánea, también cierta sociología cultiva el minimalismo; un universo microscópico poblado de anti héroes y minúsculos gestos. Seguramente, quien mejor habla de ese mundo evanescente es Goffman; una especie de teórico post-modernista antes de tiempo. En su sociología, más cercana a la novela que a los orígenes epopéyicos de la disciplina, todo es mínima gesticulación, desempeño de roles, comunicación teatral, fugaces transacciones, representación de un yo separado de toda épica y que carece de memoria, salvo aquella de acceso aleatorio (RAM) a los acontecimientos del día a día. Esa parte de la sociología -etnometodología, sociología de la vida cotidiana, dramaturgia social, microfísica del poder, fenomenología de los actos; todo eso- se acerca

*Discurso en la celebración de 40 aniversario de la Flacso, Chile. Publicado en Revista de Crítica Cultural, Santiago de Chile, noviembre de 1997.

**Sociólogo, ministro secretario general de Gobierno de la República de Chile

¹ Mijail Bajtin, *Teoría y Estética de la Novela*, Taurus Humanidades, 1991, especialmente el capítulo "Épica y Novela", págs: 449-485.

los actos; todo eso-se acerca definitivamente más a Samuel Becket -o a cualquier otro "grado cero de la escritura" -que a los clásicos de la disciplina o a la gran novela histórica del siglo pasado.

Al frente de aquella sociología episódica y mínima esta la otra, la continuadora formal de la epopeya; la del marxismo, el funcionalismo pesado, el historicismo estructural o la teoría de sistemas. Aquí valen todavía las "figuras completas"; las estabildades, las lógicas inmanentes, los aparatos, los modos de producción, las épocas, las epistemologías. Ahí se halla instalada la "gran sociología" la de nuestros clásicos, la emblemática, la que tiene jerarquía duración y estatuto oficial en los textos canónicos de la disciplina.

De modo que también en nuestra profesión tenemos altos y bajos géneros; la grandeza heroica de los sistemas y las estructuras junta a la apariencia profana del acontecer individual, transitivo, fugaz y olvidable. Memoria y presente; épica e ironía. Las ciencias sociales no han podido nunca conciliar esas dos vertientes, sin embargo; la que viene de la epopeya y se prolonga en lucha contra la novela y la que vuelve la espalda a su origen épico y busca reencontrarse con la novela.

En efecto la gran sociología, la sinfónica, la que está del lado de la historia y del despliegue de la modernidad se halla puesta bajo la sombra de sus propios antepasados y tiende ahora nada más que a repetirse, como esos posters que se venden a la salida de los museos. O bien se convierte en método, en un intento desesperado por cuantificar la realidad. Por su parte, la otra, la sociología no oficial, de cámara, novelesca y más liviana, la de Goffman y los situacionistas, aquella que coquetea con la posmodernidad y con los micro-espacios de la actividad social, corre permanentemente el riesgo de volverse tediosa y pedante, al transformarse en teoría del conocimiento. Uno termina revisando protocolos de conversaciones o los microejercicios rituales del poder dentro de la sala de clases, cosas todas que el cine, la novela y la televisión tratan de manera más aguda y mejor.

De manera que mirados estos asuntos en balance puede ser, efectivamente, que el lenguaje de la sociología haya dejado de hablar. Ni sus grandes categorías sistemáticas, ni sus pequeños conceptos de interpretación de la vida cotidiana, parecen sostenerse en pie frente al doble embate del Banco Mundial y la novela contemporánea. Aquel describe y analiza más fehacientemente los sistemas y proporciona además manuales para actuar sobre ellos. Y ésta representa más ricamente que la sociología los elementos de la vida interior y colectiva. De hecho, uno debería preguntarse si acaso no sería preferible, antes que enseñar a los autores clásicos y contemporáneos de la disciplina, leer las novelas de Joyce, Durrell, Vargas Llosa, Becket Julian Barnes, Aguilar Camín o Mafud.

La herencia epopéyica de la sociología crea, además, una barrera epistemológica insalvable para tratar la contemporaneidad. Se introduce por su intermedio, subrepticamente, esa "distancia épica absoluta" de la que hablábamos antes. Como dice Bajtin, "la palabra acerca de un hombre muerto se diferencia profundamente, desde el punto de vista estilístico, de la palabra acerca del hombre vivo". La gran sociología habla bien de hombres muertos; los actores del pasado: el Estado, los partidos, las clases sociales, los sindicatos, las civilizaciones, las revoluciones. En cambio, prácticamente no se refiere a hombres vivos: las o los enfermos de SIDA, soldados, empleados del Registro Civil, obreros de Lota, ídolos de la canción, innovadores, académicos, pobres de hoy, nuevos ricos, enamorados, resentidos jugadores de fútbol, atormentados por la sequía, emergentes grupos de poder. Por su parte, las sociologías dramáticas y situacionistas hablan mal o poco de los muertos -de las guerras o las epidemias, por ejemplo- y, entre los vivos que son su especialidad, elige preferentemente a quienes se hallan de alguna forma excluidos de la corriente principal de la modernidad.

En medio queda un ambiguo territorio poblado por toda suerte de "nuevos actores" y "mediaciones"

que, a fuerza de ser nombrados, tampoco logran ser explicados por una de ambas sociologías: la sociedad civil, los nuevos asociacionismos, las comunidades virtuales, la opinión publicados controles simbólicos, el mercado, los agentes del conocimiento, los consumidores, los "brokers" de distinto tipo, etc. Más bien la dificultad de aprehender lo contemporáneo con el lenguaje de la sociología vuelve a incentivar un verdadero florecimiento de la novela, cuyo mérito es proporcionar, precisamente, un punto de vista, desde la actualidad sobre la contemporaneidad. Como la hacen también el periodismo, el cine y la televisión, cada uno a la manera de su género.

Frente a la fuerza de esas narrativas, la sociología -en sus vertientes macro y micro- parece ir quedando fuera de la escena intelectual y del campo comunicativo. Su familiaridad con lo actual es escasa; sus reconstrucciones epopéyicas han sido consumidas; su perplejidad ante el mundo es menos rica, variada y auténtica que aquella de la novela o las artes audiovisuales. Quizá sea cierto entonces que el universo ideológico-lingüístico de nuestra profesión esté en vías de desaparición, ahora que los "grandes relatos" parecen haberse desacreditado y las micro-representaciones de la vida cotidiana se hallan mejor servidas por los medios de comunicación.

La sociología se halla particularmente mal dotada para las preguntas pos-modernas, las cuales tienen que ver, al final, con puntos de vista cambiantes, con el "pensamiento débil", con fragmentos, con dilemas de orden moral, con historias e historietas y no con "la" Historia. Por su origen epopéyico y su insalvable sesgo épico, el sistema ideológico y de lenguaje de nuestra disciplina se queda paralizante ante la falta de seriedad de lo contemporáneo; ante los juegos del poder; ante la ironía propia de todo lo descentrado, pluralista y diverso que hay en nuestra época y conciencias. A la sociología no le viene bien un mundo en que predominan los estilos de vida, las formas de

Consumo y no de producción, los travestismos y las parodias, y donde se perciben con tal claridad las irracionalidades de la historia. No le viene bien una época sin tradiciones, que duda de sí misma y del progreso y que se burla de las estructuras y los valores, de lo sagrado y la memoria, para dedicarse a los intercambios y el cinismo conceptual, al cultivo personal y las creencias esotéricas.

Termino citando un pasaje que leí en un libro publicado recientemente por el Warton Professor de literatura inglesa de la Universidad de Oxford, cuyas preguntas resuenan con dolorosa familiaridad: "Imaginen ustedes, dice, un movimiento radical que hubiera sufrido una enfática derrota. Tan enfática, en efecto, que le resulte improbable resurgir en el tiempo de vida de sus miembros, si acaso. La derrota que tengo en mente no es el tipo de rechazo al cual la izquierda política se halla depresivamente acostumbrada; sino una repulsa tan total y definitiva que parece desacreditar los propios paradigmas con los cuales esa izquierda tradicionalmente ha trabajado. Ya no cabría, por tanto, defender esos conceptos apasionadamente sino que bastaría con otorgarles el suave interés del anticuario cuando contempla la cosmología ptolomeica o el escolasticismo de Duns Scoto. Tales conceptos y el lenguaje actual de la sociedad parecerían estar ya no tanto en feroz pugna como ser, sencillamente, inconmensurables - cual lenguajes de diferentes planetas más que de naciones adyacentes. ¿Qué ocurriría si la izquierda se encontrara de pronto no sólo apabullada y sobrepasada sino completamente descolocada, hablando un discurso tan fuera de tono con la modernidad que, como el lenguaje del gnosticismo o del amor cortesano, nadie siquiera se preocupara por indagar sobre "el valor de su verdad?. ¿Qué si la vanguardia diviniera un remanente; sus argumentos aún inteligibles pero alejándose velozmente hacia alguna estratosfera metafísica donde se convirtieran nada más que en un apagado grito? ¿Cuál sería la reacción de la izquierda política frente a ese tipo de derrota?"²

² Terry Eagleton, *The Illusions of Postmodernism*, Oxford, Blackwell, 1996, pág.1.